

En 1955, Vargas Llosa se lanza por fin al ruedo literario. Lo hace con discreción y modestia, pero con una regularidad y firmeza impresionantes. ¿Qué publica primero? Nada sobre sus voraces lecturas extranjeras, que pudiera revelar su poca ilustración, sino, como estudiante serio y comprometido con su país, entrega artículos semanales al suplemento dominical de *El Comercio* y a la revista *Cultura Peruana*. Cumplidamente, y por orden minucioso, va presentando, luego de una entrevista personal, a los principales escritores peruanos del momento, empezando —cosa sintomática— por los narradores. En cada artículo da una pequeña biografía y bibliografía, una breve reseña sobre toda la obra, y una transcripción de los juicios del autor. Este modelo se repite en casi todos los artículos que, juntos, formarían una especie de antología de semblanzas de autores peruanos, facilitando inclusive a dibujantes tan buenos como Francisco Espinoza Dueñas o Alejandro Romualdo, ilustrar los artículos con sus apuntes.

En un segundo momento, tras ocuparse aún de novelistas olvidados como Manuel Aguirre Morales, Eudocio Carrera Vergara y César Falcón, se dedica a los principales poetas, siguiendo el mismo modelo de una entrevista, un juicio global de la obra y una breve bibliografía. Así, va pasando revista a la literatura contemporánea del Perú.

Mientras tanto, en *Cultura Peruana*, publicaba otra clase de artículos, unos breves ensayos sobre una galería de pensadores, asimismo nacionales: José Carlos Mariátegui, Francisco García Calderón, José Faustino Sánchez Carrión, Bartolomé Herrera, Francisco de Paula G. Vigil, Hildebrando Castro Pozo, Manuel González Prada, José de la Riva-Agüero, Juan Pablo Vizcardo Guzmán. Esta serie de artículos apareció entre 1956, en que había publicado ya su primer cuento, y 1959, cuando ganara su primer galardón literario en España, con *Los jefes*. En resumen, en ambas series, un joven que ha proyectado de modo consciente y decidido ser escritor, ofrece a sus lectores —y más aún, a sí mismo— un panorama metódico de la literatura y del pensamiento contemporáneo del Perú, visto por un observador todavía respetuoso de la tradición y de los nombres consagrados.⁴

¿De qué enseñanza provienen estos frutos? ¿Qué aprendizaje siguió el joven Vargas Llosa respecto a gustos, estilos y pensamientos? Si él no cultiva una amistad estrecha con los principales miembros de la generación del 50, ni asiste a sus tertulias habituales, ¿con quiénes se reúne y a qué se dedica, aparte de desempeñar sus «siete puestos»? ¿Y cuál es el ambiente social, político y literario de entonces?

Entre 1953 y 1957, citados como años de su aprendizaje (o mejor quizá entre 1952 y 1957, lapso de sus dieciséis a sus veintiún años, definitivo en un joven tan precoz como él), corre ante sus ojos un marco nacional e internacional que ha de provocar en él reacciones actuales y futuras, palpables luego en su obra. Son los años primeros de afianzamiento de la dictadura de Odría y luego de su ocaso. Sólo por un accidente físico se precipita la salida del dictador; le sucede un Manuel Prado distinto del de su primer período, oligárquico y de mano firme, con guante de seda; ahora, en 1956, se inicia la «convivencia» abierta del Apra con la derecha, miope y sorda ante las urgencias del país, alianza que dura, con algunos matices, hasta 1968 y produce una inmensa

⁴ Ver «Bibliografía», en Mario Vargas Llosa, *La invención de una realidad*, por José Miguel Oviedo, pp. 251-272. Hay varias ediciones de este libro. Yo cito por la de Barcelona: Barral Editores, 1970.

decepción en los jóvenes, quienes observan no sólo la claudicación de un auténtico movimiento popular, sino el cielo ya cerrado para cualquier cambio real en la sociedad peruana, primitiva, injusta y cruel con los reclamos de las masas pobres y hambrientas. Sin duda, de toda esta larga decepción, el desencanto mayor se sintió al comienzo mismo, en 1956, cuando el Apra pareció olvidar su herencia histórica de luchas reivindicatorias. Vargas Llosa fue, pues, también testigo de una alianza política antinatural.

En el marco exterior, entre 1952 y 1956 los acontecimientos más notorios son las intervenciones norteamericanas en la guerra de Corea y en la torturada América Central, esta vez con el derrocamiento de Arbenz en Guatemala. El antinorteamericanismo envolvía a casi toda la juventud de América Latina, y por ello no puede extrañar a nadie que Vargas Llosa se sintiera, por breve tiempo, ligado a la extrema izquierda.

En este cuadro general, ¿con quiénes habla y comenta de temas literarios? ¿Quiénes saben en verdad lo que piensa, lee y aprende? Como se ha dicho, se reunía poco con el grueso de la generación del 50; es natural, era mucho más joven que todos ellos y estaba demasiado ocupado en sus «trabajos alimenticios», para perder el tiempo en pláticas de San Marcos, con muchachos y muchachas sentados por largas horas en viejas bancas y protegidos por un ambiente que creaba otra historia falsamente paralela a la del país. Sin embargo, no se desligó por completo de esa generación. Trabajó muy estrecha amistad con tres de sus miembros, Sebastián Salazar Bondy, Luis Loayza y Abelardo Oquendo; por ello, quizá deba considerársele como integrante de un subgrupo de la generación del 50, o partícipe, en un segundo momento, de esa generación, como opina Rosa Boldori.⁵ En muchos aspectos su vida y su formación literaria coincidieron con las de aquéllos. Si él leía a Dostoyevski, Henry Miller, Faulkner, Malraux o Hemingway, los demás habíamos hecho antes lo mismo, además de desconfiar de los autores españoles contemporáneos, línea que también siguió él. Y no sólo eso, sino que la amplitud de nuestras lecturas de autores foráneos fue de veras muy vasta. Habíamos crecido con el existencialismo; las obras de Sartre y de la Beauvoir se transcribían hasta añadidas de dibujos en folletines de *El Comercio*; Francisco Miró Quesada llenaba al tope los auditorios con sus conferencias sobre la nueva escuela francesa. Dostoyevski no sólo impresionaba a los jóvenes narradores, sino a los jóvenes psicólogos, psiquiatras y criminólogos, al punto de que podría reunirse una buena bibliografía de entonces, en la cual sin duda destacaría la obra de Raúl Peña. Malraux era nuestro gran ejemplo para reunir política y literatura en el mismo puño, actitud muy común en todos los miembros de la generación, casi sin ninguna excepción. Hemingway era aplaudido e imitado; sobre todo desde 1952, cuando se publicó *El viejo y el mar*, tanto en libro como en las páginas de *Life*. Desde comienzos de 1954 empezamos a publicar artículos sobre Hemingway.⁶ Luis Loayza, a su turno, fue otro primerizo en descubrir y aplaudir a Hemingway y a Borges. Julio Ramón Ribeyro había asimilado a novelistas france-

⁵ Citado por mí en el opúsculo *Narradores peruanos: la generación de los cincuenta. Un testimonio. Separata de Cuadernos Hispanoamericanos n.º 302 (Madrid, agosto 1975), por C.E.Z.*

⁶ «"A" de Autores», por Edgardo Najá (seud. de C.E.Z.), suplemento dominical de *El Comercio*, artículo fechado en Nueva York, 3 de febrero de 1954 (Lima, ? febrero de 1954); «Semblanzas. Ernest Hemingway», por C.E.Z., en *ICPNA n.º 26 (Lima, septiembre-diciembre 1954)*; y «Ernest Hemingway», por C.E.Z., en *El Comercio (Lima, 10 de enero de 1955), suplemento de Año Nuevo.*

ses clásicos como Stendhal, Flaubert y Balzac, a los que sumó a Kafka y Chejov. La admiración por Maupassant era compartida por Sebastián Salazar, Congrains y por mí. Congrains, un excepcional caso de autodidactismo, prefería también a críticos de la sociedad como John Steinbeck y William Saroyan. Con Vargas Vicuña entró en el río de influjos un segundo latinoamericano: Juan Rulfo. El primero, Borges, fue especialmente apreciado desde muy temprano por Loayza, Oquendo y Sebastián Salazar, justamente los escritores amigos de Vargas Llosa. Y otras influencias dignas de mención fueron las de Aldous Huxley,⁷ de Marcel Proust y algunos representantes de la novelística italiana como Alberto Moravia, Cesare Pavese y Vasco Pratolini.

He dejado para el final, en este campo de «demonios culturales», a dos de los astros mayores en nuestro cielo de escritores ideales: James Joyce, cuyos versos leímos en público en Lima, desde 1952, y cuya poesía completa empecé a traducir desde antes de ese año.⁸ En nuestro país la prosa de Joyce no se limitó a ser leída y aplaudida, sino que fue tomada como ejemplo desde 1948, según juicio repetido de González Vigil.⁹ La técnica del monólogo interior y el tema del retrato del artista adolescente (o del desarrollo biológico y espiritual del adolescente a secas) se hallan muy presentes en la obra de la generación del 50, en especial en la de Ribeyro, Salazar Bondy y mía. La biografía o la autobiografía juveniles (según el narrador esté en tercera o primera persona) gustó tanto que Wolfgang Luchting publicó un artículo preguntándose por qué los personajes de la última narrativa peruana eran todos adolescentes.¹⁰ La costumbre joyceana de entremezclar diversos temas y estilos en la maraña de un mismo libro se aprendió desde entonces, si bien los mejores logros los obtuvo luego Vargas Llosa. Y también el gusto joyceano de componer un libro de cuentos donde todos éstos estuvieran dedicados a una entidad mayor (a una sociedad, a una ciudad, a una época) fue admirado y seguido desde *La batalla* o *Los gallinazos sin plumas*. En fin, el juzgar al cuento y la novela en el pináculo del altar literario, que reina sobre todas las artes, fue también otro ideal joyceano fácilmente comprendido acá.

El otro astro es William Faulkner, sobre quien los primeros artículos críticos datan de 1952 en la prensa peruana.¹¹ Inclusive se analizó muy temprano la posibilidad de que autores peruanos aprovecharan las conquistas temáticas (la tragedia del mulato,

⁷ «La ruta Huxley», por C.E.Z., en *Idea* núms. 6 y 7 (Lima, 1950); y «Una entrevista con Aldous Huxley», en *El Comercio* (Lima, 26 de junio de 1954).

⁸ La primera lectura en público de los poemas de *Música de Cámara*, de James Joyce, ocurrió el 21 de octubre de 1952 en el local del Instituto Cultural Peruano-Norteamericano. Al día siguiente apareció un suelto en *El Comercio*: «La conferencia de anoche en el ICPNA» (Lima, 22 de octubre de 1952); y «Una biblioteca James Joyce», por Edgardo Najá, en el suplemento dominical de *El Comercio* (Lima, 22 de agosto de 1953).

⁹ El crítico Ricardo González Vigil, en numerosos artículos, prólogos a sus antologías del cuento peruano, y en conferencias, ha sostenido que «Una figurilla», publicado en 1948, es el primer cuento que revela influjo joyceano en nuestro país.

¹⁰ A ese artículo respondí con otro «Personajes adolescentes en la novela peruana», en *Expreso* (Lima, 1 de mayo de 1966). El de Luchting se tituló «Retratos de un país adolescente. ¿Por qué?», y apareció en abril del mismo año en un semanario limeño cuyo nombre y fecha no puedo, por desgracia, precisar.

¹¹ Ver «El nocturno William Faulkner», en *Letras Peruanas* n.º 6 (Lima, abril de 1952), pp. 50-52.